

Apéndice.

*Do you remember counterrevolution?*¹

¿QUÉ SIGNIFICA LA PALABRA «contrarrevolución»? Por ésta, no debe entenderse solamente una represión violenta —aunque, ciertamente, la represión nunca falte. No se trata de una simple restauración del *ancien régime*, es decir del restablecimiento del orden social resquebrajado por conflictos y revueltas. La «contrarrevolución» es, literalmente, una *revolución a la inversa*. Es decir: una innovación impetuosa de los modos de producir, de las formas de vida, de las relaciones sociales que, sin embargo, consolida y relanza el mando capitalista. La «contrarrevolución», al igual que su opuesto simétrico, no deja nada intacto. Determina un largo *estado de excepción*, en el cual parece acelerarse la expansión de los acontecimientos. Construye activamente su peculiar «nuevo orden». Forja mentalidades, actitudes culturales, gustos, usos y costumbres, en suma, un inédito *common sense*. Va a la raíz de las cosas y trabaja con método.

Pero hay más: la «contrarrevolución» se sirve de los mismos presupuestos y de las mismas tendencias —económicas, sociales y culturales— sobre las que podría acoplarse la «revolución», ocupa y coloniza el territorio del adversario y da otras respuestas a las *mismas* preguntas. Reinterpreta a su modo (y las cárceles de máxima seguridad, a menudo, facilitan esta tarea hermenéutica) el conjunto de condiciones mate-

1. «Detournemeaunt», desvío del conocido texto «Do you remember revolution?» firmado por Toni Negri, Lucio Castellano, Luciano Ferrari Bravo y el propio Virno entre otros, y que proponía, a mediados de los 80, una primera lectura de los años intensos de la «revolución italiana», tanto frente a la política de olvido institucional como frente a la visión nostálgica de la violencia armada. (N. del E.)

riales que convertirían la abolición del trabajo asalariado en algo simplemente realista: reduce este conjunto a provechosas *fuerzas productivas*. Además, la «contrarrevolución» transforma en pasividad despolitizada o en consenso plebiscitario los mismos comportamientos que parecían implicar el deterioro del poder estatal y la actualidad de un autogobierno radical. Por esta razón, una historiografía crítica, reacia a idolatrar la autoridad de los «hechos consumados», debe esforzarse en reconocer, en cada etapa y en cada aspecto de la «contrarrevolución», la silueta, los contenidos, la cualidad de la revolución posible. La «contrarrevolución» italiana comienza a finales de los años setenta y se prolonga hasta el día de hoy. Presenta numerosas estratificaciones. Como un camaleón, cambia muchas veces de aspecto: «compromiso histórico»² entre DC y PCI craxismo³ triunfante y reforma del sistema político tras el derrumbe de los regímenes del Este. Sin embargo, no resulta difícil comprender a simple vista los *Leitmotiv* que recorren todas sus fases. El núcleo unitario de la «contrarrevolución» italiana de los años ochenta y noventa consiste: a) en la plena afirmación del modo de producción postfordista (tecnología electrónica, descentralización y flexibilidad de los procesos de trabajo, el saber y la comunicación como prin-

2 El «Compromiso Histórico» significaba algo más que una doctrina política por la que el PCI entraba por primera vez en un programa de gobierno con la Democracia Cristiana, era también una decidida apuesta por la desmovilización y contención de la emergencia social de los años 70. El compromiso institucional de 4 de julio de 1977 estableció un paquete de medidas de reconversión industrial y de estabilización económica que ponían fin, con el consentimiento del PCI, al ciclo expansivo de las luchas obreras abierto en 1962. (N. del E.)

3 Efectivamente Bettino Craxi dio nombre a toda una época y a un determinado «hacer institucional». Líder socialista, presidió el gobierno más largo de la década de los 80 (entre 1982 y 1987), por medio de un pacto de estabilidad entre las fuerzas políticas no comunistas (el *pentapartito*). Indudablemente los años del «craxismo» fueron años de política deflacionista, de control salarial, de extensión de una espectacular corrupción institucional y de introducción de las medidas neoliberales, que fueron la expresión italiana de la dulce derrota «postmoderna»; anuncio temprano del colapso institucional de los viejos partidos en la década siguiente. (N. del E.)

cial recurso económico, etc.); b) en la gestión capitalista de la brusca reducción del tiempo de trabajo socialmente necesario (*part-time*, jubilaciones anticipadas, paro estructural, precariedad de larga duración, etc.); en la crisis drástica y casi irreversible de la democracia representativa. La Segunda República⁴ hunde sus raíces en esta base material. Constituye el intento de adecuar la forma y el procedimiento de gobierno a las transformaciones ya ocurridas en los lugares de producción y en el mercado de trabajo. Con la Segunda República, la «contrarrevolución» postfordista se dota, en definitiva, de una constitución propia y llega así a buen término.

Las tesis histórico-políticas que siguen a continuación se proponen extrapolar algunos aspectos sobresalientes de los hechos italianos de los últimos quince años. Para ser exactos, aquellos aspectos que provean a la discusión teórica de un trasfondo empírico inmediato. Cuando un acontecimiento concreto demuestre tener un valor *ejemplar* (o bien cuando permita presagiar una «ruptura epistemológica» y una innovación conceptual) profundizaremos en él mediante un *excursus*, cuya función es similar, en todos los sentidos, al «primer plano» cinematográfico.

4. Ciertamente aunque formalmente no se ha inaugurado un nuevo régimen constitucional que de acta de fundación a la Segunda República italiana, entre 1989 y 1995 se sucede una cadena de acontecimientos que colapsan totalmente la vida de los principales actores políticos, y condicionan una modificación radical del sistema de partidos. La caída del Muro de Berlín acusa la crisis del Partido Comunista, que finalmente se descompone en dos formaciones: *Refundación Comunista* y los DS (el Partido de los Demócratas de Izquierda). Más grave por sus consecuencias profundas en la liquidación de la legitimidad de la democracia representativa fueron los procesos de *Tangentopoli*, que en el verano de 1992 llevaron a la cárcel y a los tribunales a una buena cantidad de líderes del partido socialista y de la Democracia Cristiana, e hicieron aflorar la corrupción estructural de la política italiana. Los procesos determinaron la disolución de los viejos agentes políticos, y la emergencia paradójica de nuevas fuerzas de carácter extremadamente moderno al tiempo que con matices peligrosamente reaccionarios, estas son las *Leghe* y *Forza Italia*. (N. del E.)

1. El postfordismo, en Italia, ha sido el bautismo del denominado «movimiento del 77»⁵, o sea de las duras luchas sociales de una fuerza de trabajo escolarizada, precaria, móvil, que odia la «ética del trabajo», se contraponen frontalmente a la tradición y a la cultura de la izquierda histórica y señala una clara discontinuidad respecto al obrero de la línea de montaje. El postfordismo se inaugura con revueltas.

La obra maestra de la «contrarrevolución» italiana reside en haber transformado en requisitos profesionales, ingredientes de la producción de plusvalor y fermento del nuevo ciclo de desarrollo capitalista, las inclinaciones colectivas que, en el «movimiento del 77», se presentaban, en cambio, como antagonismo intransigente. El neoliberalismo italiano de los años ochenta es una especie de 77 invertido. Y al contrario: aquella antigua estación de conflictos continúa representando, todavía hoy, la otra cara de la moneda postfordista, la cara rebelde. El movimiento del 77 constituye, por usar una bella expresión de Hannah Arendt, un «futuro a la espalda», el *recuerdo* de aquello que podrían ser las luchas de clase *prossime venture*.

5 1977, en palabras de Franco Berardi (Bifo), el año del acontecimiento, de las luchas metropolitanas, de *Autonomia Operaia*, de los ensayos comunicativos y biopolíticos que convirtieron Italia por unos meses en el laboratorio europeo de la experimentación social (radios libres, centros sociales, contracultura, etc.). El movimiento del 77 fue la eclosión alegre de un nuevo ejercicio político cargado de promesas. En términos del *operaismo* tardío de finales de los 70, la expresión temprana, y absolutamente original en Europa, de la potencialidad política del obrero social, esto es, de la nueva fuerza de trabajo, juvenil, mayoritariamente escolarizada, que de una forma decidida expresa en sus actitudes y prácticas la consigna del «rechazo del trabajo de fábrica» y que descubre en la realidad metropolitana un campo abierto a la experimentación social y cultural (N. del E.)

1^{er} excursus. Trabajo y no-trabajo: el éxodo del 77.

Como ocurre con toda auténtica novedad, el movimiento del 77 padeció la mortificación de verse confundido con un fenómeno de *marginación*. Aparte de sufrir la acusación, más complementaria que contradictoria, de *parasitismo*. Estos conceptos invierten la realidad de forma tan completa y precisa que resultan bastante indicativos. En efecto, quienes tomaron por marginales o parásitos a los «intelectuales descalzos» del 77, a los estudiantes-trabajadores y a los trabajadores-estudiantes, a los precarios de toda calaña, fueron aquellos que sólo consideraban «central» y «productivo» el puesto fijo en la fábrica de bienes de consumo duraderos. Todos aquellos, por tanto, que miraban a aquellos sujetos desde la perspectiva del ciclo de desarrollo en declive. Y que, sin embargo, constituye una perspectiva, ésta sí, con riesgo de marginalidad y también de parasitismo. Por el contrario, en cuanto se atiende, a las grandes transformaciones de los procesos productivos y de la jornada social de trabajo, que se pone en marcha entonces, no es difícil reconocer en los protagonistas de aquellas luchas de calle algún contacto con el corazón mismo de las fuerzas productivas.

El movimiento del 77 da voz *por un momento* a la composición de clase transformada que comienza a configurarse tras la crisis del petróleo y de la *cassa integrazione* en las grandes fábricas, en el inicio de la reconversión industrial. No es la primera vez, por otra parte, que una revolución radical del modo de producción viene acompañada por una conflictividad precoz de los estratos de la fuerza de trabajo a punto de pasar a ser el eje de la nueva configuración. Basta pensar en la peligrosidad social que, en el siglo xvii, marcó a los vagabundos ingleses, *ya expulsados del campo y a punto* de ser introducidos en las primeras manufacturas. O en las luchas de los descualificados americanos, en los primeros diez años de este siglo,

luchas que precedieron al giro fordista y taylorista, basado justamente en la descualificación sistemática del trabajo. Cada brusca metamorfosis de la organización productiva, como se sabe, está destinada, en principio, a recordar los afanes de la «acumulación originaria» y debe por ello transformar desde el principio una relación entre «cosas» (nuevas tecnologías, distinta localización de las inversiones, fuerza de trabajo dotada de ciertos requisitos específicos) en una relación social. Pero precisamente en este recorrido se manifiesta, a veces, la cara oculta subjetiva de aquello que después pasa a ser un inexpugnable recorrido de hechos.

Las luchas del 77 asumen como propia la fluidez del mercado de trabajo, haciéndola un terreno de agregación y un punto de fuerza. La movilidad entre trabajadores diferentes y entre trabajo y no trabajo, en lugar de pulverizar, determina comportamientos homogéneos y actitudes comunes, se llena de subjetividad y conflicto. Sobre este panorama, comienza a recortarse la tendencia que después, en los años siguientes, será analizada por Dahrendorf, Gorz y muchos otros: contracción del tradicional empleo manual, crecimiento del trabajo intelectual masificado y paro ligado a la falta de inversiones (causado por el desarrollo económico, no por sus dificultades). De esta tendencia, el movimiento supone la *representación de una parte*, la hace visible por primera vez y, en cierto modo, la bautiza, pero torciendo su fisonomía en sentido antagonista. Decisiva fue, entonces, la percepción de una posibilidad: la de concebir el trabajo asalariado como el *episodio* de una biografía, en lugar de como una *cadena perpetua*. Y la consiguiente inversión de expectativas: renuncia a darse prisa por entrar en la fábrica y mantenerse, búsqueda de cualquier camino para evitarla y alejarla de sí. La movilidad, de condición impuesta, pasa a ser regla positiva y aspiración principal; el puesto fijo, de objetivo primario, se transforma en excepción o paréntesis.

Es a causa de tales tendencias, bastante más que por la violencia, por lo que los jóvenes del 77 se volvieron

sencillamente indescifrables para la tradición del movimiento obrero. Ellos transformaron a la inversa el crecimiento del área del no trabajo y de la precariedad en un recorrido colectivo, en una *migración consciente del trabajo de fábrica*. Antes que resistir a ultranza a la reestructuración productiva, se fuerzan límites y trayectorias, en el intento de obtener consecuencias impropias y favorables para sí mismos. Antes que encerrarse en un fortín asediado, abocados a una derrota apasionada, se ensayan las posibilidades de empujar al adversario a atacar fortines vacíos, abandonados previamente. La aceptación de la movilidad se une a la búsqueda de una renta garantizada como una idea de producción más cercana a la exigencia de autorrealización. Es decir, lo que se rompe es el nexo entre trabajo y socialización. Momentos de hermandad comunitaria son experimentados fuera y contra la producción directa. Después, esta socialización independiente se hace valer, como insubordinación, incluso en el lugar de trabajo. Asume un peso decisivo la opción «por la formación ininterrumpida», es decir la continuación de la formación académica, incluso después de haber encontrado empleo: esto alimenta la así llamada rigidez de la oferta de trabajo, pero sobre todo hace que la precariedad y el trabajo negro tengan como protagonistas sujetos, cuya red de saberes e informaciones son siempre exorbitantes respecto a las profesiones distintas y cambiantes. Se trata de un exceso no desposeíble, no reconducible a la cooperación productiva dada: su inversión o su derroche están, por tanto, ligados a la posibilidad de poblar y habitar establemente un territorio situado más allá de la prestación salarial.

Este conjunto de comportamientos es *obviamente* ambiguo. Es posible leerlo, de hecho, como una respuesta pauloviana a la crisis del Estado asistencial. Conforme a esta interpretación, los asistidos viejos y nuevos bajan al campo de batalla para defender las propias *posiciones*, excavadas de forma diferente en el gasto público. Encarnan aquellos costes ficticios que el empuje neoliberal y anti-welfare intenta abolir, o al

menos contener. La izquierda puede incluso defender a estos hijos espurios, pero con cierta vergüenza, y condenando de todos modos su «parasitismo». Pero quizás es precisamente el 77 el que ilumina con muchas otras luces la crisis del *welfare state*, redefiniendo de raíz la relación entre trabajo y asistencia, entre costes reales y «costes falsos», entre productividad y parasitismo. El éxodo de la fábrica, que en parte anticipa y en parte imprime otra cara al incipiente paro estructural, sugiere de forma provocadora que en el origen del desorden del Estado asistencial está, si acaso, el desarrollo asfixiante, inhibido, ni tan siquiera modesto, del área del no trabajo. Como si dijéramos: *no es que haya demasiado no trabajo, sino demasiado poco*. Una crisis, por tanto, causada no por las dimensiones asumidas por la asistencia, sino por el hecho de que la asistencia se amplía, en su mayor parte, bajo la forma de trabajo asalariado. Y, viceversa, por el hecho de que el trabajo asalariado se presenta, desde un cierto momento en adelante, como asistencia. Además, las políticas de pleno empleo en los años treinta ¿no habían surgido justamente con la consigna «cava agujeros y luego rellénalos»?

El punto central (que se manifiesta en el 77 en forma de conflicto y, después, durante los años ochenta, como paradoja económica del desarrollo capitalista) es el siguiente: el trabajo manual atomizado y repetitivo, a causa de sus costes inflacionistas y sin embargo rígidos, muestra un carácter no competitivo respecto a la automatización y, en general, a la nueva secuencia de aplicaciones de la ciencia sobre la producción. Muestra la cara de *coste social excesivo*, de asistencia indirecta, encubierta e hipermediada. Pero hacer de la fatiga física algo radicalmente «antieconómico» es el extraordinario resultado de décadas de luchas obreras: no hay, en verdad, nada de qué avergonzarse. De este resultado, repetimos, se apropia por un momento el movimiento del 77, señalando a su modo *el carácter socialmente parasitario del trabajo bajo patrón*. Es un movimiento que se sitúa, en muchos sentidos, a la altura de la *new wave* neoliberal, ya que busca otra solu-

ción para los mismos problemas con los que ésta se enfrentará más tarde. Busca y no encuentra, implosionando rápidamente. Pero pese a haberse quedado en estado de síntoma, aquel movimiento representó la única reivindicación de una vía alternativa en la gestión del fin del «pleno empleo».

2. La izquierda histórica, después de haber contribuido a la aniquilación (también en el sentido militar del término) de los movimientos de clase y a la primera fase de la reconversión industrial, se fue quedando progresivamente fuera de juego. En 1979, el gobierno de los «acuerdos amplios», también denominado gobierno de «solidaridad nacional», apoyado sin reservas por el PCI y por su sindicato, llegó a su fin. La iniciativa política quedó enteramente en manos de las grandes empresas y de los partidos de centro.

Siguiendo un guión clásico, las organizaciones obreras reformistas fueron cooptadas por la dirección del Estado dentro de una *fase de transición*, caracterizada por un «ya no» (ya no rige el modelo fordista-keynesiano) y por un «todavía no» (todavía no se da un pleno desarrollo de la empresa en red, del trabajo inmaterial, de las tecnologías informáticas), en la cual se trataba de contener y reprimir la insubordinación social. Por consiguiente, tan pronto como el nuevo ciclo de desarrollo se puso en marcha, tan pronto como el obrero-masa de la cadena de montaje perdió definitivamente su propio peso contractual y político, la izquierda oficial se convirtió en un lastre inútil, que había que quitarse de encima lo más pronto posible.

El declive del PCI tiene su origen en los últimos años setenta. Se trata de un acontecimiento «occidental», italiano, conectado con la nueva configuración del proceso laboral. Sólo a causa de una ilusión óptica se puede llegar a pensar que este declive, que en 1990 conducirá a la disolución del PCI y al nacimiento del Partido democrático de la izquierda (PDS), fue producido por la conflagración del «socialismo real», es decir, por la inmediatamente sucesiva caída del Muro.

La sanción simbólica de la derrota sufrida por la izquierda histórica tuvo en verdad lugar a mediados de los años ochenta. En 1984, el gobierno dirigido por Bettino Craxi abolió el «punto de contingencia», es decir, el mecanismo de adecuación de los salarios a la inflación. El PCI convocó un referéndum para restablecer esta importante conquista sindical de los años setenta. Lo convocó y, en 1985, lo perdió estrepitosamente. La consecuencia de esta debacle fue que, a partir de ese momento, el partido y el sindicato asumieron posiciones «realistas», es decir, de colaboración con el gobierno, en lo que se refiere a salario y jornada de trabajo. Desde 1985 en adelante, desapareció toda tutela «socialdemócrata» o «sindicalista» de las condiciones materiales del trabajo dependiente. La clase obrera postfordista tendría que vivir sus primeras experiencias sin poder contar en ningún momento con un partido «propio» o con un sindicato «propio». Nunca había ocurrido algo así en Europa, desde los días de la primera revolución industrial.

2º excursus. Los cambios en la FIAT en los años ochenta.

En la FIAT⁶, entre dos décadas, se deja ver con ejemplar nitidez la feroz «dialéctica» entre la espontaneidad conflictiva de la joven fuerza de trabajo, el PCI y la empresa a punto de cambiar su fisionomía. El microcosmos FIAT anticipa y compendia la «gran transformación» italiana. Es un acto único dividido en tres escenas.

6. La FIAT Mirafiori, la gran fábrica turinesa fue el epicentro de las movilizaciones obreras en Italia entre 1960 y 1980, el arquetipo del mastodonte fordista y de la *ciudad-fábrica* de producción masiva: «Casi tres millones de metros cuadrados, la mitad techados, 37 puertas de entrada distribuidas a lo largo de casi diez kilómetros de ferrocarril, otros 40 de cadena de montaje, 13 kilómetros de vías subterráneas y una población obrera que en los momentos punta llega a 60.000 personas. Esta es la Mirafiori de 1968, el mayor establecimiento de la FIAT, la fábrica más grande del mundo y el corazón industrial y obrero de Italia», 1968. *Una revolución mundial*, libro/cd-rom, Madrid, Akal. Cuestiones de Antagonismo, 2001. (N. del E.)